

CAPITULO LVII.

Que trata de como D. Quijote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la Duquesa.

Ya le pareció á D. Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites, que como á caballero andante aquellos señores le hacian, y parecíale que habia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento, y así pidió un dia licencia á los Duques para partirse. Diéronsele con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la Duquesa las cartas de su muger á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo: ¿quien pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi muger Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo D. Quijote de la Mancha? Con todo esto me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es enviando las bellotas á la

Duquesa, que á no habérselas enviado, quedandó yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno y salgo desnudo de él, y así podré decir con segura conciencia, que no es poco: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Esto pasaba entre si Sancho el dia de la partida; y saliendo D. Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los Duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y repuesto contentisimo, porque el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le habia dado un bolsico con docientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabia D. Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dijo:

D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

Escucha, mal caballero,
 Deten un poco las riendas,
 No fatigues las hijadas
 De tu mal regida bestia.
 Mira, falso, que no hayes
 De alguna serpiente fiera,
 Sino de una corderilla,
 Que está muy lejos de oveja.
 Tú has burlado, monstruo horrendo
 La mas hermosa doncella
 Que Diana vió en sus montes,
 Que Vénus miró en sus selvas.
 Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
 Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Tú llevas ¡llevar impio!
 En las garras de tus cerras
 Las entrañas de una humilde,
 Como enamorada tierna.
 Lévasle tres tocadores
 Y unas ligas de unas piernas,
 Que al mármol puro se igualan
 En lisas, blancas y negras.
 Lévasle dos mil suspiros,
 Que á ser de fuego, pudieran
 Abrasar á dos mil Troyas,
 Si dos mil Troyas hubiera.
 Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
 Barrabás te acompañe, allá te avengas.

De ese Sancho tu escudero
 Las entrañas sean tan tercas
 Y tan duras, que no salga
 De su encanto Dulcinea.
 De la culpa que tu tienes,

PARTE II.

Lleve la triste la pena :
 que justos por pecadores
 Tal vez pagan en mi tierra.
 Tú mas finas aventuras
 En desventuras se vuelvan,
 En sueños tus pasatiempos,
 En olvidos tus firmezas.
 Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
 Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso
 Desde Sevilla á Marchena,
 Desde Granada hasta Loja,
 De Londres á Inglaterra.
 Si jugares al reinado,
 Los cientos, ó la primera,
 Los reyes huyan de ti,
 Ases ni sietes no veas.
 Si te cortares los callos,
 Sangre las heridas viertan,
 Y quédente los raigones,
 Si te sacares las muelas.
 Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
 Barrabás te acompañe, allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando D. Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho le dijo : por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad : dime ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? A lo que respondió : los tres tocado-

res si llevo; pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Allisidora, que aunque la tenia por atrevida graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas; y como no estaba advertida desta burla creció mas su admiracion. El Duque quiso reforzar el donaire, y dijo: no me parece bien, señor caballero, que habiendo recibido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo ménos, si por lo mas las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama: volvedle las ligas, si nó yo os desafio á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, respondió D. Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrisima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido, ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor Duque, jamas he sido ladrón, ni lo pienso ser en toda mi vida, como

Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, como ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así no tengo de que pedirle perdon, ni á ella ni á vuestra escelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Déosle Dios tan bueno, dijo la Duquesa, señor D. Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechorias, y andad con Dios, que mientras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y á la mia yo la castigaré de modo que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con palabras. Una no mas quiero que me escuches, o valeroso D. Quijote, dijo entónçes Allisidora, y es, que te pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas, y he caido en el descuido del que yendo sobre el asno, le buscaba. ¿No le dije yo? dijo Sancho; bonico soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta me habia venido la ocasion en mi gobierno. Abajó la cabeza D. Quijote, y hizo reverencia á los Duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezaudo su camino á Zaragoza.

CAPITULO LVIII.

Que trata de como menudearon sobre D. Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.

Quando D. Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Alidadora, le pareció que estaba en su centro, y que los espiritus se le renovaban pára proseguir de nuevo el asunto de sus caballerias, y volviéndose a Sancho le dijo: la libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones que á los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido: pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve me parecia á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos: que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son atadu-

ras que no dejan campear al ánimo libre. Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo. Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte do-cientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el mayordomo del Duque, que como pítima y confortativo la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen. En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero cuando vieron, habiendo andado poco mas de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde encima de sus capas estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto á si tenían unas como sábanas blancas con que cubrian alguna cosa que debajo estaba: estaban empinadas y tendidas y de trecho á trecho puestas. Llegó D. Quijote á los que comian, y saludándolos primero cortesmente les preguntó, que qué era lo que aquellos lienzos cubrian. Uno dellos le respondió: señor, debajo destes lienzos estan unas imágenes de relieve y entalladura que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas

cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren. Si sois servidos, respondió D. Quijote, holgaria de verlas, pues imágenes que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. Y como si lo son, dijo otro, si nó digalo lo que cuestan, que en verdad que no hay ninguna que no esté en mas de cincuenta ducados: y porque vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced, y verla ha por vista de ojos; y levantándose dejó de comer, y fué á quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de S. Jorge puesto á caballo con una serpiente enroscada á los piés, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imagen parecia una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola D. Quijote dijo: este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamóse D. San Jorge, y fué ademas defensor de doncellas. Veamos esta otra. Descubrióla el hombre, y pareció ser la de S. Martín puesto á caballo, que partia la capa con el pobre; y apenas la hubo visto D. Quijote cuando dijo: este caballero tambien fué de los aventureros cristianos, y creo que fué mas liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debía de ser entónces in-

vierno, que si nó él se la diera toda, segun era de caritativo. No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener al refran que dicen, que para dar y tener, seso es menester. Rióse D. Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del qual se descubrió la imagen del Patron de las Españas á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas, y en viéndola dijo D. Quijote: este sí que es caballero y de las escuadras de Cristo, este se llama D. San Diego Matamoros, uno de los mas valientes santos y caballeros que tuvo el mundo, y tiene ahora el cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubria la caída de S. Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse. Cuando le vido tan al vivo, que dijeran que Cristo le hablaba, y Pablo respondia: este, dijo D. Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamas: caballero andante por la vida, y santo á pié quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo. No habia mas imágenes, y así mandó D. Quijote que las volviesen

á cubrir, y dijo á los que las llevaban : por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas ; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es, que ellos fueron santos, y pelearon á lo divino, y yo soy pecador, y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquistó á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura, y adobándose el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo. Dios lo oiga, y el pecado sea sordo, dijo Sancho á esta ocasion. Admiráronse los hombres así de la figura como de las razones de D. Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir quería. Acabaron de comer, cargaron con sus imágenes, y despidiéndose de D. Quijote siguieron su viage. Quedó Sancho de nuevo como si jamas hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabia, pareciéndole que no debía de haber historia en el mundo, ni suceso que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y dijo : en verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las

mas suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido : della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos : bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos. Tú dices bien, Sancho, dijo D. Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte : y esto que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno destes agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la órden del bienaventurado S. Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo vuelve las espaldas, y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolia por el corazon, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipion á Africa, tropieza en saltando en tierra, tiénelo por mal agüero sus soldados; pero él abrazándose con el suelo dijo :

no te me podrás huir, Africa, porque te tengo asi-
da y entre mis brazos. Asi que, Sancho, el haber
encoutrado con estas imágenes ha sido para mi
felicísimo acontecimiento. Yo así lo creo, res-
pondió Sancho, y querria que vuesa merced me
dijese ¿qué es la causa por que dicen los españo-
les cuando quieren dar alguna batalla, invocando
aquel S. Diego Matamoros : Santiago y cierra
España? ¿Está por ventura España abierta y de
modo que es menester cerrarla? ¿ó que ceremo-
nia es esta? Simplicísimo eres, Sancho, respon-
dió D. Quijote, y mira que este gran caballero
de la cruz bermeja háselo dado Dios á España por
patron y amparo suyo, especialmente en los rigu-
rosos trances que con los moros los españoles han
tenido, y así le invocan y llaman como á defen-
sor suyo en todas las batallas que acometen, y
muchas veces le han visto visiblemente en ellas
derribando, atropellando, destruyendo y matan-
do los agarenos escuadrones : y desta verdad te
pudiera traer muchos ejemplos, que en las ver-
daderas historias españolas se cuentan. Mudó
Sancho plática, y dijo á su amo : maravillado es-
tóy, señor, de la desenvoltura de Altisidora la
doncella de la Duquesa : bravamente la debe de
tener herida y traspasada aquel que llaman amor,
que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que con

estar lagañoso, ó por mejor decir sin vista, si
toma por blanco un corazon, por pequeño que
sea, le acierta y traspasa de parte á parte con
sus flechas. He oido decir tambien que en la ver-
güenza y recato de las doncellas se despuntan y
embotan las amorosas saetas; pero en esta Alli-
sidora mas parece que se aguzan, que despun-
tan. Advierte, Sancho, dijo D. Quijote, que el
amor ni mira respetos, ni guarda términos de
razon en sus discursos, y tiene la misma condi-
cion que la muerte, que así acomete los altos al-
cázares de los reyes, como las humildes chozas
de los pastores, y cuando toma entera posesión
de una alma, lo primero que hace es quitarle el
temor y la vergüenza, y así sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho
ánles confusion que lástima. ¡ Crueldad notoria!
dijo Sancho, ¡ desagradecimiento inaudito! Yo
de mi se decir que me rindiera y avasallara la mas
minima razon amorosa suya. Hideputa, ¡ y qué
corazon de mármol, que entrañas de bronce, y
que alma de argamasa! Pero no puedo pensar que
es lo que vió esta doncella en vuesa merced que
así la rindiese y avasallase. ¿ Que gala, que brio,
que donaire, que rostro, que cada cosa por si
destas ó todas juntas le enamoraron? Que en ver-
dad, en verdad que muchas veces me paro á mi-

rar á vuesa merced desde la punta del pié hasta el último cabello de la cabeza, y que veo mas cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo tambien oido decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de que se enamoró la pobre. Advierte, Sancho, respondió D. Quijote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma, y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suelen hacer el amor con impetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero tambien conozco que no soy disforme: y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho. En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y á deshora, sin pensar en ello, se halló D. Quijote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas, y sin poder imaginar que pudiese ser aquello dijo á Sancho: pareceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las mas

nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido: pues mándoles yo que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde fueran de durisimos diamantes, ó mas fuertes que aquella con que el zeloso dios de los herreros enredó á Vénus y á Marte, asi la rompiera como si fuera de juncos marinos ó de hilachas de algodón: y queriendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo ménos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado: digo que las sayas eran riquísimos faldellines de tabi de oro: traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas: la edad, al parecer, ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué esta que admiró á Sancho, suspendió á D. Quijote, hizo parar al sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro. En fin quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dijo á D. Quijote: detened, señor caballero,

el paso, y no rompáis las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo ahí estan tendidas: y porque sé que nos habeis de preguntar para que se han puesto, y quien somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mugeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos á holgar á este sitio, que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores: traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del escelentísimo Camões en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta ahora no hemos representado: ayer fué el primero dia que aquí llegamos: tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el márgen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza: tendimos la noche pasada estas redes de estos árboles para engañar los simples pajarillos, que ojeados con nuestro ruido vinieren á dar en ellas. Si gustais, señor, de ser nuestro huésped, sereis agasajado liberal y cortésmente, porque por ahora en este sitio no ha

de entrar la pesadumbre ni la melancolia. Calló, y no dijo mas; á lo que respondió D. Quijote: por cierto, hermosísima señora, que no debió de quedar mas suspenso ni admirado Anteon cuando vió al improviso bañarse en las aguas á Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podeis mandar, porque no es otra la profesion mia sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras personas representa: y si como estas redes, que deben de ocupar algun pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas: y porque deis algun crédito á esta mi esageracion, ved que os lo promete por lo ménos D. Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oidos este nombre. ¡Ay, amiga de mi alma, dijo entónces la otra zagala, y que ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? pues hágote saber que es el mas valiente y el mas enamorado y el mas comedido que tiene el mundo, sino es que nos mienta y nos engañe una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leído.

Yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen. Así es la verdad, dijo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuesa merced dice, y este señor es mi amo, el mismo D. Quijote de la Mancha, historiado y referido. Ay! dijo la otra, supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello, que tambien he oido yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho, y sobre todo dicen dél que es el mas firme y mas leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura. Con razon se la dan, dijo D. Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canséis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dejan reposar en ningun cabo. Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y galan que á las de las zagalas correspondia: contóronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso D. Quijote de la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia él ya noticia por haber leído su historia. Ofreciósele el gallardo

pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas, húbolo de conceder D. Quijote, y así lo hizo. Llegó en esto el ojeo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que engañados de la color de las redes caían en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quienes eran D. Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenian del noticia por su historia. Acudieron á las tiendas hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias: honraron á Don Quijote dándole el primer lugar en ellas: mirábanle todos, y admirábanse de verle. Finalmente alzados los manteles, con gran reposo alzó D. Quijote la voz y dijo: entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon, y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando estos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe,

tambien las recompensara con otras si pudiera; porque por la mayor parte los que reciben son inferiores á los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia, y esta estrechez y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo pues agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos limites de mi poderio, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha; y así digo que sustentaré dos dias naturales en mitad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí estan, son las mas hermosas doncellas y mas corteses que hay en el mundo, escetando solo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos: con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan. Oyendo lo cual Sancho, que con grande atencion le habia estado escuchando, dando una gran voz dijo: ¿es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco? Digan vuestras mercedes, señores pastores, ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho? ¿ni hay caballero

andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido? Volvióse D. Quijote á Sancho, y encendido el rostro y colérico le dijo: ¿es posible, o Sancho, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto aforrado de lo mismo, con no se que ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quien te mete á tí en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla, y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado Rocinante; vamos á poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que va de mi parte puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla: y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar si le podian tener por loco ó por cuerdo. Finalmente habiéndole persuadido que no se pudiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian; con todo esto salió D. Quijote con su intencion, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que no léjos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su rucio, con toda la gente

del pastoral rebaño, deseosos de ver en que paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento. Puesto pues D. Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con semejantes palabras: o vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pié y de á caballo, que por este camino pasais, ó habeis de pasar en estos dos dias siguientes, sabed que D. Quijote de la Mancha, caballero andante, está aqui puesto para defender que á todas las hermosuras y cortesías del mundo esceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma Dulcinea del Toboso: por eso el que fuere de parecer contrario, acuda, que aqui le espero. Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oidas de ningun aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con D. Quijote estaban, cuando volviendo las espaldas se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que si esperaban les podia suceder algun peligro: solo D. Quijote con intré-

pido corazon se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanzeros, y uno dellos que venia mas delante, á grandes voces comenzó á decir á Don Quijote: apártate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedrezos estos toros. Ea, canalla, respondió D. Quijote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Jarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado, si nó, conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el vaquero, ni D. Quijoté le tuvo de desviarse aunque quisiera, y así el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro dia habian de correrse, pasaron sobre D. Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado D. Quijote, aporreado el rucio, y no muy católico Rocinante; pero en fin se levantaron todos, y D. Quijote á gran priesa, tropezando aqui y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á voces: deteneos y esperad, canalla malandrina, que un solo caballero os espera, el cual no tiene condicion; ni es de parecer de los que

dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata. Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron mas caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á D. Quijote, y mas enojado que vengado se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con mas vergüenza que gusto siguieron su camino.

CAPITULO LIX.

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á D. Quijote.

Al polvo y al cansancio que D. Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros recorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el márgen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno al rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solia llamar condumio, enjuágose la boca, lavóse D. Quijote el rostro: con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados: no comia D. Quijote de puro pesa-

roso, ni Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dijo D. Quijote, sustenta la vida, que mas que á mi te importa, y dejame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, naci para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas, al cabo, al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas grangeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acozeado y molido de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas, y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer: de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la mas cruel de las muertes. Desa manera, dijo Sancho, sin dejar de mascar apriesa, no aprobará vuesa merced aquel refran que dicen: muera

Marta y muera harta : yo á lo ménos no pienso matarme á mí mismo : ántes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde el quiere : yo tiraré mi vida comiendo hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo, y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced : y créame, y despues de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá como cuando despierte se halla algo mas aliviado. Hízolo así D. Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho mas eran de filósofo que de mentecato, y dijole : si tú, o Sancho, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes, y es, que mientras yo duermo obedeciéndote tus consejos, tú te desviases un poco léjos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes te dieses trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia. Hay mucho que decir en eso, dijo Sancho : durmamos por ahora entrambos, y despues Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azo-

tarse un hombre á sangre fria es cosa recia, y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido : tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando ménos se cale me verá hecho una criba de azotes, y hasta la muerte todo es vida : quiero decir, que aun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciéndoselo D. Quijote comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrío y sin órden alguna pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino, dándose prisa para llegar á una venta que al parecer una legua de allí se descubria : digo que era venta, porque D. Quijote la llamó así, fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas castillos. Llegaron pues á ella : preguntaron al huésped si habia posada. Fuéles respondido que si, con toda la comodidad y regalo que pudieran ballar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su repostera en un aposento, de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que Don Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le

hubiese parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora del cenar, recogieron á su estancia, preguntó Sancho al huésped que qué tenia para darles de cenar. A lo que el huésped respondió, que su boca seria medida, y así que pidiese lo que quisiese, que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos que nos asen tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy fraganton en demasia. Respondióle el huésped que no tenia pollos, porque los milanos los tenian asolados. Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla que sea tierna. ¡Polla mi padre! respondió el huésped, en verdad en verdad que envié ayer á la ciudad á vender mas de cincuenta; pero fuera de pollas pida vuesa merced lo que quisiere. Desá manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito. En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra. Medrados estamos con eso, respondió Sancho: yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos. Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene: pues hele dicho que ni tengo pollas ni

gallinas, ¿y quiere que tenga huevos? discurra si quisiere por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas. Resolvámonos, cuerpo de mí, dijo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrimientos, Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos ñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera, que parecen ñas de vaca; estan cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora estan diciendo: cómeme, cómeme. Por mias las marco desde aquí, dijo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mi ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daria nada que fuesen manos como fuesen ñas. Nadie las tocará, dijo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y reposteria. Si por principales va, dijo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerias: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nisperos. Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le habia preguntado que oficio ó que ejercicio era el de su amo. Llegóse pues la hora del cenar, recogióse á su estancia D. Qui-

jote, trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de D. Quijote estaba, que no le dividía mas que un sutil tabique, oyó decir D. Quijote : por vida de vuesa merced, señor D. Gerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de D. Quijote de la Mancha. Apenas oyó su nombre D. Quijote, cuando se puso en pié, y con oído alerto escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal D. Gerónimo referido respondió : ¿ para qué quiere vuesa merced, señor D. Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera parte de la historia de D. Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con todo eso, dijo el D. Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mi en este mas desplace es que pinta á D. Quijote ya enamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo cual D. Quijote, lleno de ira y de despecho alzó la voz y dijo : quien quiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy léjos de la verdad porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en D. Quijote puede caber olvi-

do : su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna. ¿ Quien es el que nos responde? respondieron del otro aposento. ¿ Quien ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo. D. Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere, que al buen pagador no le duelen prendas? Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros que tales lo parecian, y uno dellos echando los brazos al cuello de D. Quijote le dijo : ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero D. Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballeria, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrego : y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó D. Quijote, y sin responder palabra comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió diciendo : en esto poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehension. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el language es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos ; y

la tercera, que mas le confirma por ignorante, es que yerra y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia, porque aqui dice que la muger de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutierrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demas de la historia. A esto dijo Sancho: donosa cosa de historiador por cierto; bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi muger Mari Gutierrez: torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre. Por lo que os he oido hablar, amigo, dijo D. Gerónimo, sin duda debeis de ser Sancho Panza el escudero del señor D. Quijote. Si soy, respondió Sancho, y me precio dello. Pues á fe, dijo el caballero, que no os trata este auto moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: pintaos comedot y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dijo Sancho; dejárame en mi rincon sin acordarse de mí, porque quien la sabe las tañe, y bien se está S. Pedro en Roma. Los dos caballeros pidieron á D. Quijote se pasase á su estancia á cenar con ellos, que bien sabian que en aquella

venta no habia cosas pertenecientes para su persona. D. Quijote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos: quedóse Sancho con la olla con mero misto imperio, sentóse en cabezera de mesa, y con él el ventero, que no ménos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó D. Juan á D. Quijote que nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si se habia casado, si estaba parida ó preñada, ó si estando en su entereza se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor D. Quijote. A lo que él respondió: Dulcinea se está entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca: las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora trasformada; y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le habia sucedido en la cueva de Montesinos, con la órden que el sabio Merlin habia dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oír contar á D. Quijote los extraños sucesos de su historia, y así quedaron admirados de sus disparates como del elegante modo con que los contaba. Aqui le tenian por discreto, y alli se les deslizaba por mentecato, sin

saber determinarse que grado le darian entre la discrecion y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dejando hecho équis al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y en entrando dijo: que me maten, señores, si el autor deste libro que vuestras mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos: yo querria que ya que me llama comilon, como vuestras mercedes dicen, no me llamase tambien borracho. Si llama dijo D. Gerónimo; pero no me acuerdo en que manera, aunque se que son malsonantes las razones, y ademas mentirosas, segun yo echo de ver en la fisonomia del buen Sancho que está presente. Créanme vuestras mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el Don Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y enamorado, y yo simple, gracioso, y no comedor ni borracho. Yo así lo creo, dijo Don Juan, y si fuera posible se habia de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran D. Quijote, sino fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuera osado á retratarle sino Apéles. Retráteme el que quisiere, dijo D. Quijote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias. Ninguna,

dijo D. Juan, se le puede hacer al señor D. Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que á mi pareceres fuerte y grande. En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque D. Juan quisiera que D. Quijote leyera mas del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leído, y lo confirmaba por todo necio, que no queria, si acaso llegase á noticia de su autor que le habia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le habia leído, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto mas los ojos. Preguntárole que adonde llevaba determinado su viage. Respondió, que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnes, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Díjole D. Juan que aquella nueva historia contaba como Don Quijote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondió D. Quijote, no pondré los pies en Zaragoza; y así sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el D. Quijote que él dice. Hara muy bien, dijo D. Gerónimo, y otras justas hay en Barcelona,

donde podrá el señor D. Quijote mostrar su valor. Así lo pienso hacer, dijo D. Quijote, y vuestras mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores. Y á mí tambien, dijo Sancho, quizá será bueno para algo. Con esto se despidieron, y D. Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á D. Juan y á D. Gerónimo admirados de ver la mezcla que habia hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos D. Quijote y Sancho, y no los que describia su autor aragonés. Madrugó D. Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase ménos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.

CAPITULO LX.

De lo que sucedió á D. Quijote yendo á Barcelona.

Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el dia en que D. Quijote salió de la venta, informándose primero cual era el mas derecho ca-

mino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales yendo fuera de camino le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dejó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero D. Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, ántes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver briacar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oidos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver lo flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creia solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban, y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este